

LA CRÓNICA

Donde olvidar por horas

ARCADI ESPADA

Apenas nada: un varón bien tratado por los años y las lociones usa el teléfono portátil perezosamente tendido al borde del agua. Está reunido, sin duda. Más allá, un par de damas, antiguas y francesas, parlotean al sol, muy ávidas de crema y emociones. A la sombra, vestidos y silenciosos, un matrimonio de Gerona constata hasta qué punto la felicidad, sonora y repetida como un tam tam, llega a aburrir a los felices. Lejos, surgida de la hierba, una ninfa rubita divaga con un punto de obscenidad entre los surtidores. Anudado a un tanga muy estricto, rie su cuerpo las gracias del chorro de agua y muestra ostentosamente su dentadura de leche. Han debido de contratarla para que haga eso: pasear entre todas las miradas para recordar que la vida y la juventud son belleza teñida de fugacidad y drama. Están absolutamente en todo, los hoteleros modernos.

Esto es un lunes de agosto: Barcelona lenta, achicharrada y vacía. Y esto es, sobre todo, The Garden, la hermosa burbuja que el hotel Juan Carlos I ha redondeado en el ángulo lujoso y suave de la ciudad. Este verano, los ciento cincuenta *barcelonites* que se reflejan una vez y otra en el espejo dorado del Gran Baile urbano exhiben su tarjeta exclusiva y acceden a este pozo de agua y de viento donde olvidar, por horas, todo.

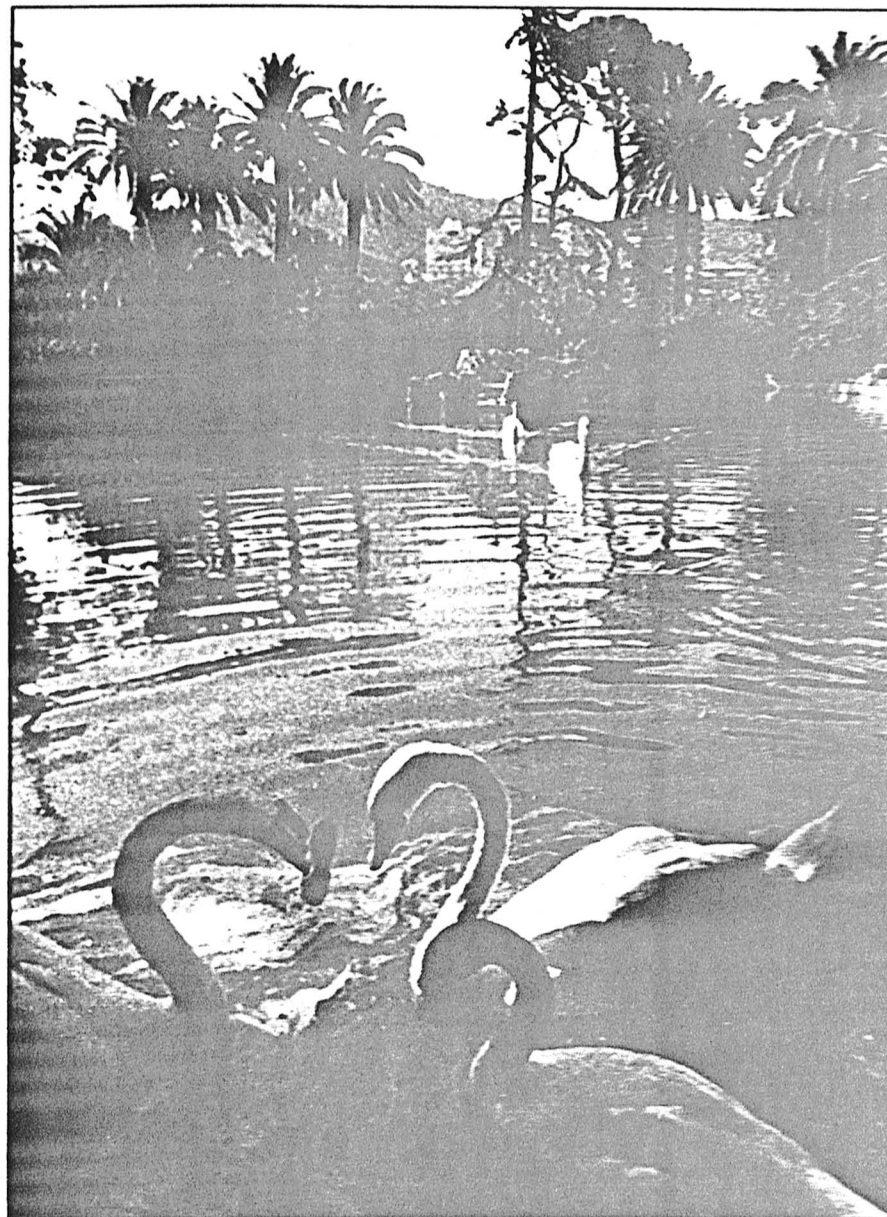
El hotel, levantado en el esplendor olímpico y que ahora indaga en un incierto equilibrio si la ciudad —y los que aquí llegan— se lo merece, es, en sí mismo, una tremenda apología de la irrealidad. También su arquitectura, basada en esos muros sombríos, implacables, atravesados por una garganta de vidrio que Ferrater

levantó con suma audacia. Un hotel, un hotel como éste, servidor de sombras exigentes, bien nutridas, ha de ser eso: un lugar donde practicar cómodamente el imprescindible ejercicio de sentirse ajeno. Un lugar que pudiera estar en cualquier parte. Donde la huella de tu paso sea leve y efímera como el hueco de la cabeza en la almohada: un hueco borrado justo por la mañana, cuando entre en la habitación vacía la diligente camarera de planta.

Los límites

En torno del agua, los jardines de Fontseré. Fueron la última gloria de la vieja masía de Torre Melina —originaria del siglo XVII, pero muy transformada con posterioridad—, que derribaron ilegalmente en 1992 los promotores del hotel, aunque su valor arquitectónico nunca pasó de dudoso. El Turó, el Polo, el parque de Cervantes, la Zona Deportiva Universitaria y Torre Melina trazaron en su día los límites de la muy provechosa finca de la familia Pons. Los jardines de Fontseré han resistido estupendamente todas las revueltas. Huele a espliego y tomillo, y un par de cisnes de cuello muy largo —apropiados al gusto nocturno de *Bandelaire, là, tout n'est qu'ordre et beauté/luxe, calme et volupté*— resumen toda la turbación del estanque.

The Garden: el rastro del dolor es sólo un pitido atenuadísimo de ambulancia que ha conseguido evadir todos los controles. En la ciudad, en agosto, fuera del lugar y del tiempo.



El estanque de los jardines de Fontseré, en el hotel Juan Carlos I

CONSEJO DE BAUTISTA

Incendio forestal en
P... tip

Detenidas 17 neerlandesas que

En agosto